

arroja con frecuencia en el fuego y en el agua para perderle; mas si podeis alguna cosa, ayudadnos, compadecido de nosotros. La instancias del padre eran muy vivas; pero ni su fe, ni su confianza correspondian. Si puedes creer, dijo Jesucristo al padre vacilante, si puedes creer, todo es posible al que cree; y al momento exclamó el padre: Sí, Señor, yo creo; y derramando copiosas lágrimas, repetia: Sí, Señor, yo creo que todo es posible, y si veis en mi alma que no creo bastante, ayudad mi fe y haced dos milagros á un tiempo, curando al padre de su incredulidad y librando al hijo de su enemigo.

En este tiempo el poseido continuaba sus convulsiones y padecimientos; y el concurso se aumentaba. Entonces el Señor, amenazando al demonio, le dijo: Espíritu sordo y mudo, sal de él. Yo te lo mando, y jamás vuelvas á entrar en él. El demonio obedeció, pero como demonio. Salió de él dando grandes alaridos, y maltratándole tan fuertemente que le dejó como muerto; de modo que muchos decian, está muerto. Mas tomándole el Señor de la mano, le ayudó á levantar, y le entregó sano á su padre. Este y su hijo volvieron á su casa llenos de reconocimiento, y las gentes bendecian á Dios por las maravillas que obraba el profeta grande que habia enviado á su pueblo.

Porqué los apóstoles no habian podido curarle.

Entre todos los testigos del milagro, los apóstoles eran los que debian estar mas admirados y contentos; sin embargo, los nueve que quedaron al pié del monte tenian atravesado en su corazon la resistencia que les habia hecho el demonio; y así luego que el Señor se retriró á la casa donde reposaba, se acercaron á Él secretamente, y le dijeron: ¿Porqué nosotros (á quienes habeis dado poder sobre los espíritus infernales) no hemos

podido expeler este demonio, por mas que lo hemos procurado y mandado en vuestro nombre? Porque este género de demonios, dijo Jesucristo, en nada puede ser arrojado sino en la oracion y el ayuno. ¡Tanto es el poder de estas virtudes! Virtudes que debemos practicar para arrojar de nuestra alma este género de demonios que no dejarán de procurar poseerla, y tal vez de conseguirlo, particularmente cuando perdemos el derecho á los auxilios de la gracia por la culpa.

Jesucristo no solo dió por causa de no haber podido arrojar los discípulos aquel demonio la falta de oracion y de ayuno, sino que añadió otra sin duda mas poderosa. Vosotros, les dijo, no habeis expelido este demonio por vuestra incredulidad (por falta de fe y confianza); porque os aseguro que si tuviéreis fe (viva) aunque no sea mas que como un grano de mostaza, y dijereis á este monte, pásate de aqui allá, se pasará, porque nada os será imposible.

Vuelve Jesucristo de Cesárea á Cafarnaun con sus discípulos.

Parece que esta fué la última leccion que el soberano Maestro dió á sus discípulos en los contornos de Cesárea de Filipo, y que, con la curacion del endemoniado, terminó en aquel pais su mision. Por consiguiente nada le impedia ya ir á Jerusalem, por lo menos acercarse á ella para entrar en el dia que tenia determinado; pero solo el nombre de Jerusalem debia causarle horror, pues su Majestad sabia y tenia muy presentes los malos tratamientos que aquella deicida ciudad le preparaba dentro y fuera de sus muros, y si escuchara solamente á las repugnancias de la naturaleza, se habria alejado de aquella ciudad ingrata que no le reservaba sino afrentas, ni le preparaba sino el último suplicio; pero la voluntad de su Padre le llamaba á ella, y luego partió con

sus doce apóstoles pasando con el mayor secreto la alta Galilea sin que nadie lo advirtiese. En su marcha no parecía ocuparse el Señor de otra cosa que de la idea de su Pasion, no dejando de hablar de ella con sus discípulos. Poned en vuestro corazon, les decia, esta profecía : *Que el Hijo del hombre será entregado en manos de los hombres y le quitarán la vida, y despues de estar muerto tres dias, resucitará.* Los apóstoles, sin embargo, no la entendian. Era para ellos un enigma inexplicable la muerte violenta de su Maestro. Ellos conocian su poder, sabian que nada alcanzaba á resistirle, porque era infinito, y no entendian porqué no le emplease para defenderse de sus enemigos, hasta aniquilarlos, si era necesario. Por lo que miraba á su Resurreccion, tampoco entendian, si habia de ser para volver á dejarse ver en la tierra, ó para subir á los cielos á sentarse á la diestra de su eterno Padre. En medio de estas dudas de los apóstoles, siempre resultaba una cosa fija é indudable y era que su divino Maestro iba á padecer y morir en Jerusalem. Esto les contristaba en gran manera, y con esta tristeza llegaron á Cafarnaun, que estaba en el camino que llevaban para ir á Jerusalem.

Pago del tributo en Cafarnaun.

Luego que entraron en la ciudad, se llegaron á Pedro los que cobraban los didráemas (monedas de cuatro reales) y le dijeron : ¿ Vuestro Maestro no paga las didráemas ? Sí, dijo Pedro ; y entró inmediatamente en la casa donde se hallaba Jesucristo á hablarle de este pago ; mas antes que se explicase, el Señor, que no podia ignorar el asunto que Pedro traía, le previno con esta pregunta : ¿ Qué te parece, Simon ? Los reyes de la tierra ¿ de quién deben cobrar el tributo ? ¿ de los hijos ó de los extraños ? De los extraños, dijo Pedro ; luego los hijos estan libres (de pagarle), dijo Jesucristo. El Señor, en cuanto Dios,

era Hijo del Rey de los reyes, y en cuanto hombre, descendia de la familia real de David ; por consiguiente, nadie habia en el mundo tan libre de pagar tributo como Jesucristo, y esto fué lo que quiso dar á entender á Pedro con su pregunta. Mas porque no les escandalicemos, añadió, véte al mar, echa el anzuelo y toma el primer pez que salga ; ábrele la boca y hallarás un estáter (moneda de ocho reales). Tómala y dála por mí y por ti á los cobradores. Pedro corrió al mar á cumplir la órden recibida. Echó el anzuelo y luego sacó un pez en cuya boca encontró el estáter. Gozoso al ver este nuevo milagro de su divino Maestro, le tomó y llevó á los cobradores, y hecho el pago, se volvió muy contento á reunir al Señor y á los demás apóstoles. Quiso dar á entender Jesucristo con el pago de un estáter por sí y por Pedro, que Pedro quedaria por su Vicario en la tierra, pues le igualaba en el pago.

Ambicion de los apóstoles.

Luego que Pedro volvió de pagar el tributo y estuvieron todos reunidos, les preguntó Jesucristo : qué habian venido tratando en el camino ; pero ellos callaban, porque les daba vergüenza decir : que habian venido disputando sobre quién de ellos seria el mayor (en el reino del Mesías, su Maestro). Siempre es vergonzoso confesar la ambicion y vanidad, y tanto mas debia serlo para unos hombres como los apóstoles, nacidos sin pretension alguna en el mundo, y formados, habia ya mas de dos años, en la escuela de la humildad. Por la pregunta del Señor conocieron que estaban descubiertos, y aunque con mucha vergüenza, al fin confesaron la verdad ; mas una vez confesada su miseria pasaron adelante, porque deseaban saber quién de ellos habia de ocupar el primer puesto. Estimulados por este importuno deseo, se atrevieron á preguntar á Jesucristo, ¿ quién juzgais, Señor,

que es el mayor en el reino de los cielos? Como le habían oído decir que moriría muy luego y que resucitaría al tercero día, creyeron que entonces había de establecer su reino; aquel reino del Mesías que los Judíos se figuraban compuesto de todas las naciones del mundo, y tan feliz que se parecería al reino de los cielos. En este reino era en el que cada uno de los apóstoles deseaba ser el primero. El Señor, oída su solicitud, se sentó y les dió las lecciones que les convenían, por mas contrarias que fuesen á su ambición. Si alguno, les dijo, quiere ser el primero (en mi reino) será el último, porque el menor entre vosotros ese es el mayor (el mas humilde ese es el mas grande).

Sencillez de los niños.

Diciendo esto, llamó á un niño, le puso en medio de ellos, y habiéndole abrazado, les dijo: Os aseguro que si no os hiciéreis como los niños, no entraréis en el reino de los cielos. Los niños, como enseña san Hilario, no tienen otro apego que á su padre y á su madre, no conservan odio, no se cuidan de honores, ni de riquezas y por lo que mira al orgullo, ni aun le conocen. Así quería Jesucristo que se hiciesen sus apóstoles, sobre todo en cuanto á la ambición, la vanidad y el orgullo, que eran los vicios que quería desterrar de ellos con este ejemplo. Á este fin añadió la amenaza mas terrible; á saber: que serian excluidos, no solamente del reino santo, que venia á establecer sobre la tierra, sino tambien del reino glorioso que preparaba en el cielo. El Señor, despues de poner por ejemplo á los niños, para representar la humildad, los recomendó con el mayor interés, y en ellos á todos los humildes. Cualquiera, dijo, que recibiere un niño, tal como este, en mi nombre, á mí me recibe, y no tanto á mí me recibe, cuanto á aquel que me envió.

Es muy difícil de vencer la pasión de dominar. La que se había introducido en el corazón de los apóstoles, no se apagaba con las poderosas lecciones que oían, ni se consiguió consumirla hasta que el fuego divino del Espíritu Santo vino sobre ellos. Juan, el apóstol de la caridad, se dejó vencer tambien de esta pasión orgullosa, y tomando la voz de todos, interrumpió á Jesucristo diciendo: Maestro, hemos visto á uno que lanzaba los demonios en vuestro nombre y se lo prohibimos porque no os sigue como nosotros. Hé aquí un celo interesado, un acto de ambición y de envidia, un deseo de dominar. Jesucristo reprobó altamente este hecho y les mandó que á ninguno en adelante se lo prohibiesen. Tenemos en el libro de los *Números* un pasaje muy semejante. Josué pidió á Moisés que prohibiese á Eldad y Medad que profetizasen, y Moisés le reprendió, diciendo: ¿Qué celo es ese que muestras por mí? ¿quién me diera que profetizase todo el pueblo y que el Señor diese á todos su espíritu!

Habla Jesucristo sobre el escándalo.

Esto y mas quería aquí Jesucristo, y por eso le fué tan enojosa esta prohibición que hizo las mas terribles amenazas á los que escandalizasen á esta clase de almas sencillas, que hacían milagros en su nombre, exponiéndolas á que abandonasen la honra que en ello procuraban al Señor. Á cualquiera, les dijo, que escandalizare á estos pequeñuelos que creen en mí, le sería mejor que le atasen al cuello una piedra de molino y fuese arrojado en el mar: ¡ay del mundo por los escándalos! Necesario es que vengan escándalos (atendida la malicia del demonio, que no cesa de tentar; la flaqueza de los hombres inclinados á los vicios por el pecado original, y la corrupción general que reina en el mundo); pero ¡ay de aquel hombre por quien viniere el escándalo! No tengais en poco á cualquiera de estos pequeñuelos,

porque sus ángeles ven siempre la cara de mi Padre, que está en los cielos, y (en su presencia de los escándalos que les deis) se quejarán.

Breve explicacion del escándalo.

La palabra *escándalo* en griego significa *tropiezo*, y en hebreo significa *lazo*; y así escándalo es lo mismo que caída ó ruina causada por el tropiezo ó lazo. En la sagrada Escritura la palabra escándalo, se usa comunemente para significar la caída ó ruina del alma. La ocasion que una persona da á otra para caer ó arruinarse pecando, se llama *escándalo activo*. La caída ó ruina que causa el escándalo activo en el escandalizado, se llama *escándalo pasivo*. Cuando el escándalo sucede por pura malicia, se llama *escándalo de fariseos*: cuando es por flaqueza, *escándalo de débiles*: y cuando sucede por ignorancia, *escándalo de párvulos*. Notamos esto para que se entienda el sentido en que debe tomarse la palabra escándalo, que con tanta frecuencia se encuentra en los Libros sagrados. Aquí se toma por un escándalo activo, del que procuraba Jesucristo librar á sus apóstoles con sus lecciones y sus amenazas.

Parábola que representa al pobre pecador en la oveja perdida.

El Hijo del hombre viene á salvar lo que habia peccado. ¿Qué os parece, si tiene alguno cien ovejas y se extravía una de ellas? ¿por ventura no deja las noventa y nueve en los montes, y va á buscar la que se extravió? Y si aconteciere hallarla, en verdad os digo que se alegra mas por ella que por las noventa y nueve que no se extraviaron. Así no es la voluntad de vuestro Padre,

que está en los cielos, que perezca ni uno de estos pequeñitos.

Correccion fraterna.

Por tanto, si tu hermano (tu prójimo) pecare contra ti, dándote escándalo, vé y corrígele entre ti y él solo. Si te oyere, ganado habrás á tu hermano; pero si no te oyere, toma aun contigo uno ó dos, porque en boca de dos ó de tres está toda palabra (todo testimonio de la verdad), mas si no los oyere, dílo á la Iglesia; y si no oyere á la Iglesia (la Iglesia le separará de su seno y entonces) miralo como un gentil y publicano (como un pecador público, dice santo Tomás). En verdad os digo, continuó Jesucristo, que todo aquello que vosotros (como ministros de la Iglesia) atáreis sobre la tierra, atado será tambien en el cielo, y todo aquello que desatáreis sobre la tierra, desatado será tambien en el cielo. (El que no oyere á la Iglesia sobre la tierra, desoido quedará en el cielo.)

Parábola del deudor.

Entonces Pedro, llegándose al divino Maestro, le dijo: Señor, ¿cuántas veces pecará mi hermano contra mí y le perdonaré? ¿hasta siete? Y Jesucristo le respondió: No te digo yo hasta siete, sino hasta setenta y siete. Por esto el reino de los cielos es comparado á un hombre rey, que quiso entrar en cuentas con sus siervos, y habiendo principiado á tomarlas, le fué presentado uno que debia diez mil talentos (como unos doscientos y sesenta y dos millones y medio), y como no tuviese con que pagarlos, mandó que fuese vendido él y su mujer y sus hijos y cuanto tenia, y que se le pagase. Entonces el siervo, arrojándose á sus piés, le suplicaba diciendo: Esperadme, que todo os lo pagaré. Compadecido el

señor de aquel siervo (no solo le esperó, sino que) le perdonó la deuda y le dejó ir libre. Mas luego que salió aquel siervo (de la presencia de su señor) encontró á uno de sus consiervos que le debía cien denarios (cosa de ciento veinte á doscientos reales), y arrojándose al cuello, le sofocaba, diciendo : Paga lo que me debes. Su compañero se postró á sus piés, y le rogaba que tuviese un poco de paciencia y todo se lo pagaria; pero no quiso esperarle, sino que le hizo poner en la cárcel hasta que le pagase. Viendo los otros siervos lo que pasaba, se entristecieron en gran manera y fueron á contar á su señor todo lo que sucedia. Entonces su señor le llamó, y dijo : Mal siervo, no solo te esperé, sino que te perdoné toda la deuda, porque me rogaste; ¿no debias, pues, tener tú tambien compasion de tu compañero, así como yo la tuve de tí? Y lleno de cólera le entregó á los ejecutores de la justicia hasta que pagase toda la deuda. Así hará tambien mi Padre celestial, concluyó Jesucristo, si no perdonáreis cada uno de vosotros de corazon á vuestro hermano.

¡Qué manantial de consuelo para los justos y qué fondo de misericordia para los grandes pecadores si saben aprovecharse de él! Pero ¿qué vemos todos los días en medio del cristianismo? Justos que deben poco á Dios, y perdonan mucho á los hombres; entretanto que delincuentes, que deben á Dios enormes cantidades, nada perdonan á los hombres. ¡Ricos y poderosos del siglo, temblad, y aprended al leer esta parábola de Jesucristo!

Sigue Jesucristo su camino á Jerusalem.

Esta importante y larga instruccion retardó algun tiempo su partida de Cafarnaun, en la que habia entrado de paso y como para despedirse de una ciudad que habia sido por tanto tiempo su habitacion ordinaria; y que,

segun creemos, no volvió á honrar con su presencia. Salió de ella con sus doce apóstoles y se dirigió á Jerusalem, donde los sacerdotes del santuario y los principes del pueblo se habian coligado contra su Majestad para quitarle la vida. Es verdad que los días de su Pasion distaban aun mas de seis meses, y que este viaje á la capital no habia de ser el último; mas parece que el Señor queria presentarse en ella, no tanto para anunciar la divina palabra sin fruto, no tanto por hacer conquistas para el Evangelio, cuanto para contemplar mas de cerca los caminos de su Pasion y el monte de su muerte. Como se acercaba el tiempo de concluir su predicacion y de volver á su Padre por el camino de la cruz; se puso en marcha, acompañado de sus apóstoles, con un semblante y una firmeza de alma muy propia para inspirarles aliento.

Juan y Santiago quieren que baje fuego del cielo y consuma á una ciudad samaritana.

Era el intento de Jesucristo no entrar en Jerusalem hasta el medio de la festividad de los Tabernáculos, que celebraban los Judíos por ocho días, empezando el quince de su mes sétimo (que daba principio dimidiado nuestro setiembre). El viaje de Cafarnaun á Jerusalem podia ser de tres á cuatro jornadas. No obstante, partió en los primeros días de setiembre, porque queria instruir algo mas á los pueblos de la Galilea, deteniéndose en los contornos de Samaria, en los que no se habia detenido tanto como en los de la Galilea, que llamaban de las Gentes. Cuando estaban ya cerca de una ciudad de los Samaritanos, cuyo nombre ignoramos, pero que seguramente no seria la famosa Sicar, patria de la Samaritana, donde habia predicado Jesucristo con tanto gusto de sus habitantes y de donde salió con general sentimiento, envió algunos discípulos para

prevenirle posada, pero los Samaritanos no le recibieron por cuanto hacia semblante de ir á Jerusalem (que era ciudad, como ya hemos visto, enemiga de los Samaritanos). Cuando vieron esto los dos hermanos Juan y Santiago, dijeron al Señor : ¿Quereis que hagamos que caiga fuego del cielo y los consuma? Mas el Señor, volviéndose hácia ellos, les reprendió, diciendo : Vosotros no sabeis de qué espíritu sois, que fué decirles : ese espíritu que os anima es el de Elías, que hacia bajar fuego del cielo y obraba milagros de terror y de espanto. Ese era el espíritu de la antigua ley. El espíritu de la nueva, el espíritu del Evangelio es un espíritu de suavidad, de dulzura, de longanimidad y de paciencia. Bastantes prodigios me habeis visto obrar, pero mostradme uno que no haya sido para alivio de los desdichados ó consuelo de los afligidos; porque yo no he venido á la tierra á perder á los hombres; he venido á salvarlos, y por lo que á mí toca, á salvarlos á todos. Estos Samaritanos ya pierden bastante obligándome á que me aparte de ellos, no les deseais mas castigo. Retirémonos sin ruido, y volvamos á entrar en la Galilea.

Mision de los setenta y dos discípulos.

Volvió el Señor á entrar en su predilecta provincia, donde fué recibido con grande alegría. No queria por entonces apartar de su lado ni uno solo de sus doce apóstoles, á los cuales tenia que dar aun bastantes lecciones antes de entrar en Jerusalem. Para suplir en esta ocasion su ministerio, eligió entre los discípulos que le seguian, setenta y dos de los mas instruidos y fervorosos, y los envió de dos en dos, como habia ya hecho con los apóstoles, á predicar en las ciudades y pueblos que pensaba recorrer en persona, despues que ellos hubiesen anunciado en ellos su divina palabra. Para el tiempo de la breve mision que iban á hacer los nuevamente elegidos,

les comunicó el mismo poder y las mismas órdenes que habia dado á sus apóstoles, á excepcion, no obstante, de algunas facultades propias del apostolado, como se verá confrontando las dos misiones. La cosecha es grande, les dijo al despedirles, y los obreros son pocos; que fué decirles : son muchos los que estan dispuestos á recibir el Evangelio, pero son pocos los que estan en disposicion de anunciarle. Rogad, pues, al Dueño de la mies que multiplique los operarios. Con esto les despidió, advirtiéndoles que volviesen al tiempo que les señalaba á dar razon de sus trabajos y del fruto de sus misiones.

Tienta al Señor un doctor de la ley.

En su ausencia no faltaron á Jesucristo ocupaciones y contradicciones que servian de lecciones continuas á sus apóstoles. Estando un sábado explicando en la sinagoga, se levantó un doctor de la ley á tentarle, y á este fin le preguntó : Maestro, ¿qué haré para llegar á poseer la vida eterna? ¿Qué está escrito en la ley? le dijo el Señor. ¿Cómo lees tú? Y respondió el doctor, yo leo : Amarás al Señor, tu Dios, de todo tu corazon, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con todo tu entendimiento, y á tu prójimo como á ti mismo. Entonces le dijo el Señor, bien has respondido. Haz tú eso que dices y vivirás (eternamente). El doctor deseaba, como ya se vió en otra ocasion sobre el mismo punto, que Jesucristo añadiese algo al primer Mandamiento, que diese á entender que era Hijo de Dios, como lo anunciaba; pero al oír la sábia y cortada contestacion del Señor, se debió hallar muy embarazado, y para salir del paso, dejó de hablar del primer Mandamiento y apeló al segundo. No dudo yo, dijo, que debemos amar á nuestro prójimo como á nosotros mismos; no está ahí la dificultad; lo que es necesario saber es : quién es nuestro prójimo, y esto es lo que yo quiero aprender de

vos que sois tan gran Maestro. Nada le dijo el Señor, pero le propuso la siguiente parábola para que decidiese.

Parábola del hombre que cayó en manos de ladrones.

Bajaba un hombre de Jerusalem á Jericó, y dió en manos de unos ladrones que le despojaron, y despues de maltratarle y dejarle medio muerto, se marcharon. Succedió, pues, que bajase por el mismo camino un sacerdote, y viéndole, pasó. Del mismo modo un levita, hallándose cerca de aquel sitio y viéndole, pasó tambien; pero un Samaritano, caminando por aquel paraje, vino á dar donde estaba el herido, y cuando le vió, se llenó de compasion, se acercó á él, le vendó las heridas, despues de haber echado en ellas aceite y vino, y poniéndole sobre su jumento, le llevó á un meson y tuvo cuidado de él aquella noche. Al otro dia sacó dos denarios (como cuatro reales) y los dió al mesonero, diciendo: Cuidamele, y cuanto gastares de mas, yo te lo pagaré cuando vuelva. ¿Cuál de estos tres te parece que fué el prójimo de aquel que dió en manos de los ladrones? Aquel, respondió el doctor, que usó con él de misericordia. Ya ves quién es tu prójimo, le dijo aquí el Señor, pues vé y haz tú lo mismo. Conoció el doctor que disputaba con un hombre de luces muy superiores á las suyas; abandonó la pelea, y dejó, si puede hablarse así, el campo á su adversario.

Una mujer llama bienaventurados los pechos y el vientre de la Virgen.

Aquí una mujer que habia visto los prodigios que obraba Jesucristo y el triunfo que con sus sábias respuestas acababa de conseguir de un doctor de la ley de Moises, no pudo contenerse, levantando su voz entre la



multitud que seguía al Señor, exclamó : Bienaventurado el vientre que te trajo, y los pechos que mamaste. Tenía razón la piadosa Israelita para exclamar así sobre la dicha de la santísima Virgen en ser Madre del Hijo de Dios, hecho hombre. La felicitación de esta mujer se hizo desde luego muy notable, se ha venido celebrando de siglo en siglo, al presente se canta en la Iglesia, y con tanta alegría como la proclamó la discípula fiel de su querido Hijo. Mas este divino Maestro, que había venido á predicar la palabra de Dios, aprovechó la ocasión para hacer que la multitud conociese el valor de esta divina palabra. Dió por supuesto desde luego que era, no solamente dichoso como había exclamado la mujer, sino también dichosísimo el vientre que le había traído y los pechos que le habían dado leche; pero añadió : antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan. Fundado san Agustín en esta sentencia de Jesucristo, dice : que la santísima Virgen fué mas feliz recibiendo la palabra de Dios en su entendimiento, que concibiendo á su santísimo Hijo en su vientre. Mas es necesario advertir, que no se trataba aquí de la incomparable dignidad de Madre de Dios, ni del portento inaudito de ser madre sin dejar de ser virgen; todo esto se ignoraba entonces entre los Israelitas. Se trataba solo de instruir á la multitud en la dicha que era para un alma oír la palabra de Dios y guardarla, y esto fué lo que enseñó aquí Jesucristo.

Convida un fariseo á comer al Señor.

No cesaban los fariseos y doctores de la ley de observar á Jesucristo, esperando oír alguna palabra descompuesta de su boca para acusarle; mas no pudiendo conseguirlo, parece que se convinieron en convidarle á comer á la casa de uno de ellos, creyendo que entre lo mucho que se habla en los convites, particularmente

despues que el vino calienta la cabeza, oirian alguna. Jesucristo, en efecto, fué convidado por un fariseo, y el Señor no se desdeñó de admitir el convite. Se habian juntado un gran número que estaban tambien convidados. Jesucristo entró en la pieza del banquete, y sin practicar alguna de las ceremonias que ellos acostumbraban antes de comer, se sentó á la mesa. Entonces el fariseo que le habia convidado, comenzó á pensar y decir entre sí, ¿porqué no se habrá lavado las manos antes de comer? Jesucristo, que estaba viendo todo lo que pasaba por él, y sabía el motivo con que le habia convidado, aunque era la dulzura misma, se llenó de indignacion contra su hipocresía. No quiso que ignorase que penetraba sus pensamientos, y saliendo el primero, para decirlo así, al campo de batalla, le dijo: Vosotros los fariseos limpiais el exterior del vaso y del plato, pero no limpiais su interior (lavais vuestras manos, pero no lavais vuestro corazon; lavais lo que nada importa, y dejais sin lavar lo que lo importa todo). ¡Ay de vosotros, fariseos, que diezmais la yerba buena y la ruda, y todo género de legumbres, y traspasais la justicia y la caridad! Esto era lo que debíais hacer, pero sin omitir aquello. ¡Ay de vosotros, fariseos, que amais los primeros asientos en las sinagogas, y las saluciones en las plazas! ¡Ay de vosotros, fariseos, que sois como aquellos sepuleros que no se advierten y pasan sobre ellos los hombres, y los hombres pasan sin conocerlos!!!

Era necesario tener un poder extraordinario para hablar así, y en su presencia, á unos hombres que tenían tanto ascendiente en la nacion y eran tan soberbios y vengativos; pero Jesucristo era Hijo de Dios, y cuando quería, sabía muy bien poner freno á las pasiones mas violentas. Así es que en esta ocasion tomó un aire de divinidad que desconcertó todas sus ideas y nada se atrevieron á replicarle, quedando reducidos al silencio. Solo un doctor de la ley se permitió hacerle una advertencia. Maestro, le dijo, ¿con esos discursos nos

afrentais tambien á nosotros? Pues bien, dijo Jesucristo, ¡ay tambien de vosotros, doctores de la ley, que cargais á los hombres un peso que no pueden llevar, y vosotros ni le tocais con un dedo! Siguió Jesucristo amenazando á los doctores, y no quedaron menos reducidos al silencio que los fariseos. Con esto se concluyó un convite que solo se habia hecho con el fin de poner asechanzas á Jesucristo. Salió el Señor de la casa del fariseo, y luego se halló rodeado de las turbas que esperaban para oír su divina palabra. Desde luego les habló el Señor de la levadura de los fariseos, que era la hipocresía; del poco aprecio que deben merecer los bienes de la tierra á un alma que espera los del cielo, y de la avaricia, que es la raiz de todos los males; y con este motivo les propuso la siguiente parábola.

Parábola del rico que ensancha sus paneras.

El campo de cierto rico habia llevado frutos muy abundantes, y este hombre pensaba entre sí, diciendo: ¿Qué haré? porque no tengo donde encerrar tantos frutos; y despues de muy pensado el asunto, esto haré, dijo. Derribaré mis graneros y los haré mas grandes, y allí recogeré todos mis frutos y mis bienes; y diré á mi alma: muchos bienes tienes reunidos para muchísimos años. Descansa, come, bebe y celebra banquetes... ¡Hombre brutal! exclama aquí san Basilio, ¡qué otro lenguaje podrias usar si tuvieras un alma de puerco! Necio, le dijo Dios entonces. Esta noche te vuelven á pedir tu alma. Los bienes que has amontonado ¿de quién serán? Así es, concluyó Jesucristo, el hombre que atesoro para sí y no atesora en Dios (el que no traslada su tesoro por las manos de los pobres á las manos del Señor). ¡Cuánto mejor habria obrado este rico conservando sus antiguas paneras para encerrar en ellas su cosecha ordinaria; y